

*Yo podía ser un abogado de cierta importancia, pero esa tarde era un extraño tocando la puerta de un desconocido llamado Paulino Valle que vivía a varios kilómetros de mi casa pero a una distancia sideral del planeta que yo habitaba. Yo venía del otro lado de la realidad, de una dimensión en la que la gente se sube a automóviles y se acuesta en camas anchas y se despierta mirando armarios con filas de ropa.*

*Alonso Cueto, La Hora Azul*

En las postrimerías de la primera vuelta, parecía que nos llegaba un nuevo país. Mientras en la mirada de muchos actores y analistas políticos el anterior parecía adolecer de problemas relativamente menores, en el nuevo se hacía visible lo que era invisible hacía apenas unas pocas semanas.

Terminada la primera vuelta, parecíamos sorprendidos e indignados por los niveles de pobreza, por la ausencia de derechos civiles, por la falta de integración económica, política y cultural en la que se encuentra la mayoría de la población de nuestro país. Todos parecíamos estar dispuestos a hacer lo necesario para que esta situación cambie y la pobreza desaparezca o se reduzca, para que esa mayoría de peruanos que no gozan de la ciudadanía propiamente dicha sea integrada al Estado y podamos, conjuntamente, continuar construyendo nuestra nación. Parecía que todos deseábamos cambiar esa especie de «democracia griega» —democracia solo para los patricios— a la que, con engañosa benevolencia, se le ha denominado «democracia inmadura», que hemos vivido en el Perú, en diversas formas, desde que nacimos.

Después de todo, durante la reciente campaña electoral fuimos testigos de la lenta pero segura convergencia de los temas y propuestas de los candidatos, obligada por la realidad política, desde la derecha hacia la izquierda y el centro. Al llegar a la última semana previa al 9 de

abril, todos ellos convergieron en discursos semejantes y parecían tener las mismas preocupaciones.

Pero, como con mucha frecuencia ocurre también en la vida diaria, en política nada es tan claro como parece ser. Los preparativos para la segunda vuelta electoral muestran, de parte de algunos promotores políticos, esfuerzos por pintar el escenario con los colores de la democracia versus el totalitarismo, ya sea poniendo de lado los aspectos de redistribución del ingreso y mayor presencia del Estado —tan necesarios en nuestro país— o tratando de identificar a solo uno de los candidatos con los aromas y colores de la democracia.

Sin embargo, ¿no se había coincidido en que los temas principales eran la integración y el mejoramiento económico de la población, versus la pobreza y exclusión?, ¿no era el objetivo convertir nuestra democracia «griega» en una democracia efectiva enraizada en el cuerpo social del país?

Es necesario aclarar una cuestión central: ¿es fundada la preocupación por el posible advenimiento de una dictadura?

El resultado de las elecciones reflejó parcialmente los virajes discursivos de los candidatos, y aunque hubo un claro ganador, la victoria no fue amplia, y el segundo lugar, hasta el cierre de este número, no ha sido declarado por el Jurado Nacional de Elecciones. Pese a ello, queda claro que, en el Congreso, el poder estará repartido entre minorías, una mayor que las otras, pues ningún partido obtuvo mayoría absoluta. Los resultados a nivel nacional muestran que el voto aprista se concentra en Ancash, La Libertad, Lambayeque y Piura, mientras que el de Unión por el Perú es denso en la sierra sur del país, y el de Unidad Nacional está, básicamente, en

Lima. Por ello, la concertación y el acuerdo políticos parecen inevitables.

Además, la exigencia popular de democracia es profunda. Esta exigencia proviene solo parcialmente de los partidos políticos, pues estos, sin percatarse o sin molestarse por ello, representaron únicamente a los incluidos. La exigencia mayor es de origen popular. Esta podría incluso convertirse en un violento rechazo a la exclusión, aunque a diferencia de épocas anteriores, la violencia resultaría de un reclamo por la presencia del Estado en vez de un rechazo de esta.

Muchos analistas han confundido la exigencia popular de ley y orden con la exigencia plutocrática de lo mismo. No se entendió –y aún no se entiende– que, para los sectores populares, la demanda por ley y orden no solo constituye una aspiración a que el Estado esté presente sino a que haya estabilidad y las reglas sean cumplidas por todos. El pueblo también rechaza vivir en la incer-

tidumbre y la arbitrariedad, sometido al abuso del más fuerte, que no necesariamente es el más rico, sino que podría ser el más violento.

La exigencia popular de ley y orden no es la antesala del fascismo ni el camino al autoritarismo, sino más bien es un reclamo de democracia: es el pedido de que la ley no tenga excepciones y sirva, así, de base para el orden social. Creemos que el pueblo peruano no está buscando ni un inca ni un caudillo sino un Estado que tenga la misma ley para todos y la aplique a todos por igual.

Aunque nada es imposible en ningún ámbito de cosas, la realidad política peruana actual no presenta las condiciones para la emergencia de una dictadura. Por esto esperamos que los resultados electorales de la segunda vuelta nos pongan en el camino de lograr un país del que todos podamos decir –y sentir– que es nuestro. ■

El Director